



EL PADRE DE LA NACION ARGENTINA, GENERAL JOSE FRANCISCO DE SAN MARTIN

(1778-1850)

por el R:H: Alcibiades Lappas

Gentileza del Q:H: Miguel Bogado

Argentina



La más grande figura militar argentina. Libertador de su patria, Chile y Perú. A los cinco años de edad, sus padres lo llevaron a España, donde dos años después lo matricularon en el Seminario de Nobles de Madrid.

El 21 de julio de 1789 fue designado, a su pedido, cadete del Regimiento de Infantería de Murcia.

Tuvo su bautismo de fuego en el sitio de Orán, en África, cuando apenas contaba con quince años de edad, iniciando así una carrera militar que lo convertiría en un prócer y en uno de los más respetados hombres de armas de América.

Al producirse la guerra napoleónica en la península ibérica, San Martín combatió en España y en Portugal contra las tropas francesas, distinguiéndose en numerosos encuentros y ganando sucesivos ascensos.

Se destacó particularmente en el Combate de la Posta de Arjonilla, en Andújar, y en la batalla de Bailén, donde "contribuye al triunfo español con sus hábiles

maniobras”, por lo que fue felicitado por su jefe, el marqués de Coupigny. Ascendido a teniente coronel y condecorado con la medalla de oro de los “Héroes de Bailén”.

El 16 de mayo de 1811 tomó parte en la célebre batalla de Albuela, en la cual las fuerzas combinadas anglo-hispano-lusitanas, bajo el mando del general William Carr Beresford (jefe británico que cinco años atrás había sido batido por la población de Buenos Aires), derrotaron a las tropas francesas.

Luego, San Martín pasó a revistar en el Regimiento de Sagunto, hasta el 6 de septiembre de 1811, en que obtuvo la baja del ejército español y una autorización para trasladarse a la ciudad de Lima “con el objeto de arreglar sus intereses abandonados”. Por cierto que se trasladó a Lima, pero diez años más tarde, en calidad de Libertador y para atender los intereses de América, que siempre los consideró propios.

Esta fecha marca una nítida línea divisoria en la vida de San Martín y define el comienzo de su esplendorosa marca libertadora que lo hizo llevar la bandera de la emancipación, desde las márgenes del Plata hasta Chile, Perú y Ecuador.

Por aquel tiempo fue iniciado en la Masonería, propiamente en la logia “Integridad”, de Cádiz. A principios de 1808, siendo San Martín edecán del general Francisco María Solano, Marqués del Socorro y capitán general de Andalucía; San Martín se afilió a la Logia de Caballeros Racionales, de Cádiz, de la cual el marqués la presidía. En dicha logia recibió el tercer grado de la masonería simbólica., el 6 de mayo de 1808.

Así fue que conoció a varios personajes que serían más tarde promotores de la Independencia Americana. Después del asesinato del general Solano, en manos de una exaltada multitud, el 24 de mayo de ese año, San Martín, de incógnito, se ausentó a Sevilla, desconociéndose con exactitud las demás actividades masónicas que desarrolló en la península. Pero se sabe que al ser requeridos sus servicios para la Libertad de la Patria que lo vio nacer, recibió ayuda financiera necesaria para trasladarse a Londres, por intermedio de Sir Charles Stuart, agente-delegado, en España, de la Logia “Gran Reunión Americana”, de Londres, fundada por el general venezolano Francisco de Miranda, “mentor intelectual de la Independencia de Sudamérica”.

Una vez llegado a Londres, donde permaneció cuatro meses, fue recibido fraternalmente por uno de los más prominentes dignatarios de la masonería londinense, el conde de Fife, quien arregló asimismo los pormenores de su viaje a Buenos Aires.

De este modo San Martín llegó al Plata, a principios de 1812, a bordo de la fragata “George Canning”, junto con los oficiales Zapiola, Holmberg, Vera Arellano y otros, todos ellos iniciados en Europa, en diversas logias masónicas. Ya en Buenos Aires, los viajeros se pusieron en contacto con el Dr. Julián Alvarez, Venerable Maestro de la Logia Independencia, quien los orientó en sus primeros pasos introduciéndolos en la sociedad porteña y facilitándoles los elementos que los ayudarían en la formación de la Logia Lautaro, cuyo primer Venerable Maestro fue Alvear.

El 16 de marzo de 1812 el Triunvirato confió a San Martín la organización de su Regimiento de Caballería, que sería el germen de donde surgió posteriormente el glorioso Regimiento de Granaderos a Caballo, con el cual once meses después

San Martín libró su primer combate en tierra americana: La batalla de San Lorenzo.

Es interesante hacer constar aquí que nueve décadas más tarde, en ese mismo lugar y un mismo tres de febrero, se fundó la Logia General San Martín Nº 186, para honrar la memoria del prócer y aquel histórico episodio de armas.

Después de organizar el Ejército del Norte y coordinar con Gómez la defensa de aquella región contra cualquier intento de invasión proveniente del Alto Perú, San Martín marchó a Córdoba, donde reunió un grupo de patriotas para iniciarlos en la Masonería, confiándoles sus proyectos de liberación de Chile. El 24 de mayo de 1814, según el acta existente, quedó constituida la Logia Lautaro, de Córdoba, Argentina. El 6 de septiembre de 1814 San Martín se hace cargo de sus nuevas funciones de Intendente de Cuyo dedicándose con ahínco a organizar un gran ejército, al mismo tiempo que surge la Logia Lautaro, de Mendoza. Ante la indecisión de las autoridades de Buenos Aires, los miembros de las logias lautarinas, bajo la inspiración de San Martín y de Belgrano, presionaron para que se convocase a un Congreso, que fue el mismo que el 9 de Julio de 1816 proclamó en Tucumán la Independencia Argentina y nombró a Pueyrredón como Director Supremo. Este y San Martín se entrevistaron poco después en Córdoba, para ponerse de acuerdo sobre los planes de la inminente misión liberadora.

Como resultado de esas conversaciones, San Martín fue designado General en Jefe del Ejército de los Andes, por decreto del 1º de agosto de 1816. Casi al mismo tiempo fundaba la Logia del Ejército de los Andes y asumiría el cargo de Venerable Maestro, en cuyo seno sería iniciados muchos destacados jefes y oficiales de dicho ejército.

El 19 de enero de 1817 las tropas libertadoras emprendieron el Cruce de los Andes y en los llanos de Chacabuco obtuvieron el 12 de febrero la resonante victoria que libertaría la capital chilena, en la cual dos días después San Martín hizo su entrada triunfal. El parte de esta batalla, firmado por el Libertador no lleva la rúbrica habitual de éste, sino la que utilizaba en los documentos masónicos.

A fines de marzo se vino a Buenos Aires, en secreto, para tratar con Pueyrredón y la logia lautrina de Buenos Aires sus nuevos planes para independizar al Perú. De regreso a Chile, batió totalmente, el 5 de abril de 1818, las fuerzas españolas afianzando definitivamente la libertad de Chile.

El 28 de enero de 1819 las autoridades de ese país lo nombraron General en Jefe del Ejército Libertador del Perú, para donde partió desde Valparaíso el 20 de agosto de 1820, desembarcando en playas peruanas el 8 de septiembre. El 10 de julio de 1821 entró en Lima. Cinco días después, el Cabildo Limeño proclamó que “la voluntad general se había decidido por la Independencia del Perú de la dominación española y de cualquier otra extranjera”. El 28 de julio fue jurada la independencia nacional y el 2 de agosto San Martín proclamado “Protector del Perú” asumió el mando supremo y sancionó una serie de disposiciones que afianzaron la libertad. Entre éstas figura la abolición de la Inquisición. Ese mismo año fundó la Logia Paz y Perfecta Unión, de la ciudad de Lima que, más que centenaria en la actualidad, prosigue su labor masónica bajo el Nº 1 en el Registro de la Gran Logia del Perú. Por su parte, un grupo de patriotas peruanos, encabezados por José Faustino Sánchez Carrión, fundaron la Logia Orden y Libertad, que trabaja con el Nº 2, en el mismo registro.

Con la rendición de la fortaleza del Callao, quedó afianzada la libertad peruana. Mientras tanto, los ecuatorianos habían proclamado su independencia, pero era necesario fortalecerla, para lo cual los patriotas de Guayaquil, enviaron al Perú a José Villamil, para que estableciese contacto con San Martín. Este le impartió instrucciones y comisionó a los generales Guido, Luzuriaga y Espejo, para representarlo en Guayaquil.

Estos enviados se incorporaron a la Logia Estrella de la ciudad de Guayaquil, logia que preparó la histórica entrevista, que mas tarde sostuvo con Bolívar, el 27 de julio de 1822.

San Martín, en magnífico gesto de desinterés, cedió a Bolívar el honor de poner fin a la guerra de la independencia. Pero el destino quiso que fuera otro masón, el general Antonio José de Sucre, quien obtuviera la victoria definitiva en Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, recibiendo por tal motivo el honroso título de Gran Mariscal de Ayacucho.

Instalado el Congreso Constituyente del Perú, el 20 de septiembre de 1822, que otorgó a San Martín los títulos de Fundador de la Libertad del Perú y Generalísimo de las Armas Peruanas, éste se despojó del mando supremo que había ejercido hasta entonces con el título de Protector y abandonó aquel país para radicarse por un tiempo en su propiedad en la provincia de Mendoza. El 10 de febrero de 1824 se embarcó para Londres.

Durante su permanencia en Londres mantuvo conversaciones con Rivadavia, pero no lograron reconciliar sus respectivos puntos de vista. Pasó una temporada en el castillo de su amigo y hermano de logia, el conde de Fife, en la localidad de Banff, Escocia, donde San Martín frecuentó las logias de San Andrés Nº 52 y San Juan Operativo Nº 92, ambas jurisdiccionadas a la Gran Logia de Escocia.

El conde de Fife fue Gran Maestre de la Gran Logia Provincial de Branffshire, jurisdiccionada a la Gran Logia de Escocia, hasta 1848. En ese mismo cargo lo sucedieron otros dos miembros de su familia: Jaime, 5º conde de Fife, Gran Maestre Provincial de 1848 a 1881 y Alejandro, 6º conde de Fife y primer duque de Fife, Gran Maestre Provincial de 1881 a 1891.

Abandonó después San Martín Gran Bretaña trasladándose a Bruselas, donde se incorporó a la logia La Perfecta Unión, de esa ciudad, que dependía del Gran Oriente de los Países Bajos. En esa época los patriotas belgas gestionaban su independencia de la Corona de Holanda. Por ese motivo ofrecieron a San Martín el mando de las tropas, ofrecimiento que éste rechazó en una carta altamente emotiva, en la cual señalaba que si bien siempre estuvo del lado de las libertades de los pueblos, “al retirarme de la contienda americana juré no desenvainar la espada sino lo requería así la libertad de mi patria”. Sin embargo, recomendó a otro masón: el general van Halem. En honor de San Martín la logia mencionada mandó acuñar una medalla de plata, que se encuentra en el Museo Mitre, de la ciudad de Buenos Aires. Además, el Capítulo Rosa Cruz Los Amigos Filántropos de Bruselas hizo confeccionar otra igual, cuya copia existe en poder de la Masonería Argentina.

Al radicarse en Francia, San Martín se encontró con Alejandro Aguado, marqués de las Marismas, a quien hacia muchos años que no veía y hacia quien guardaba

una fraternal amistad por haber pertenecido ambos a la Logia Integridad de Cádiz.

Aguado invitó a San Martín a residir cerca de él, en el Bourg, próximo a París. Así es como figuran las firmas de ambos como participantes en las reuniones masónicas de la Logia de Ivry, de la que era Venerable Maestro el médico particular de Aguado y de la Casa Real, doctor Rayer, quien con el tiempo llegó a ser decano de la Facultad de Medicina de París, miembro del Instituto y presidente de la Sociedad de Biología. Un tiempo después, San Martín fallecía en Boulogne-sur-Mer, a donde se había trasladado para reponer su quebrantada salud. El deceso se produjo el 17 de agosto de 1850.

Los apasionados acontecimientos políticos americanos habían hecho olvidar la figura de San Martín, pero había de ser un eminente masón, Domingo Faustino Sarmiento, quien reivindicaría la gloria del Libertador con sus publicaciones aparecidas en Chile, primero y más tarde en Buenos Aires.

Al constituirse en la ciudad de Buenos Aires la logia “Unión del Plata”, en 1855, Sarmiento y Santiago Albarracín fueron comisionados para el taller masónico citado para emprender los trabajos tendientes a erigir una estatua en honor del Libertador. Estos trabajos tuvieron su coronación al celebrarse la cedemonia inaugural el 13 de julio de 1862, ocasión en que hicieron uso de la palabra el Gobernador de la Provincia Encargado del Poder Ejecutivo Nacional, general Bartolomé Mitre; el general Enrique Martínez, en representación del Ejército; el general Tomás Guido, que fue colaborador y amigo íntimo de San Martín y el general Lucio Mansilla, comandante de la Guardia de veteranos, todos ellos masones. El acta correspondiente fue labrada por el escribano Adolfo Saldías, también masón, y suscripta por los siguientes hermanos masones: Bartolomé Mitre, Santiago Albarracín, Eduardo Costa, Juan Andrés Nelly y Obes, José Matías Zapiola, Lucio Mansilla, Enrique Martínez y Manuel H. Aguirre.

Una vez dado este primer paso, los masones argentinos propiciaron la repatriación de los restos del Libertador, presentado en tal sentido un proyecto de ley a la Cámara de Diputados de la Nación los legisladores Adolfo Alsina y Martín Ruiz Moreno, que oportunamente recibió sanción. Pero la Guerra con el Paraguay impidió concretar el traslado hasta 1880, y como el proyecto inicial no previó un lugar determinado para que fueran depositados los restos del ilustre soldado -ya que la idea que había prevalecido era ponerlos bajo la custodia de la ciudad que fuese erigida en capital de la República- la comisión que tenía a su cargo esta patriótica labor pensó colocarlos provisoriamente en la Catedral de Buenos Aires. Entonces la Iglesia Católica planteó un grave problema, puesto que las autoridades eclesiásticas basándose en que los cánones apostólicos romanos prohibían depositar los restos de un masón en un lugar consagrado, ya que Mitre había decretado únicamente la secularización de los cementerios. Después de muchas deliberaciones, gestiones y consultas, la Iglesia Católica encontró la solución construyendo un mausoleo junto al edificio de la Catedral, es decir, fuera del recinto o cuadrilátero consagrado, para que ahí se guardasen los restos de un masón en un lugar contiguo. Pero esto no fue todo: las autoridades eclesiásticas no estaban conformes y colocaron el ataúd con la parte superior inclinada hacia abajo, con lo cual se aludía a la premisa que los que mueren fuera del seno de la Iglesia Católica van al infierno, que según la misma, se encuentra en el seno de la tierra.

Sólo dos décadas después la Iglesia Católica cambió de actitud, comenzando a rendir tributos a San Martín. En efecto, a partir de 1903 y con el pretexto que la Iglesia Catedral era el santuario donde se guardaban los restos del Libertador,

fueron sancionándose leyes y decretos que concedían créditos para reparaciones, refacciones, que la autoridad eclesiástica había de efectuar en su sede central. Algo similar ocurriría con Sarmiento, es decir, que la Iglesia Católica rectificó su primitivo criterio, capitalizando la memoria del eminent maestro de las juventudes argentinas y rindiéndole imponentes honores eclesiásticos, tanto en el centenario de su nacimiento como en el cincuentenario de su fallecimiento.

La Masonería Argentina ha considerado a San Martín como uno de sus más prestigiosos miembros y exalta su figura como el paradigma de la virtud y del desprendimiento. Bajo la jurisdicción de la Gran Logia de la Argentina siguen funcionando la Logia Lautaro de Buenos Aires y la Logia Lautaro de Mendoza, así como otras tres que llevan el título distintivo del General José de San Martín. Con ese mismo título trabajan varios talleres masónicos en distintos países de América.